

días de nuestros Testamentos, comunicándole así reflejos de la divina hermosura de tan incomparables páginas, pero desfigurándolas con los oropeles y ficciones que le sugirió su oriental fantasía; también aquellos hijos del desierto, en los versículos recitados en sus mezquitas, esculpidos en afiligranados caracteres en el tazón de sus fuentes, iluminados con oro y gayos colores en la cornisa de sus cámaras, ó mielados de plata en la rica empuñadura de sus armas, aprendían á suspirar por la antigua Sión y la tumba del que ellos consideraban santo Profeta. Lo mismo que imperfectamente se trasluce en el Korán el origen bíblico, cual se copia una figura en el agua movediza, que de continuo altera sus rasgos, así se transparentaban unas como huellas de la cristiana devoción á Jerusalén en el ansia de los musulmanes por la ciudad bendita. Aprovechando, pues, el primer instante propicio, y repitiendo la hazaña de Cosroes, se arrojaron sobre la presa por tanto tiempo codiciada. Inundaron á Jerusalén como ola que cubre un escollo largo trecho asediado; y al trotar de sus ágiles corceles, al choque de sus cotas de acero, se unía la grave salmodia con que entonaban el versículo del Korán: "Entremos en la Ciudad Santa que Dios nos ha prometido."

Suele ensalzarse la tolerancia y la benignidad con que los árabes, dueños ya de Jerusalén, permitieron á los cristianos visitar y adorar los Santos Lugares. Mas lo que realmente hubo fué que los árabes convirtieron en lucrativo

tráfico y pingüe granjería la concesión que de malísimo talante, y acompañada siempre de vejaciones y cortapisas, hicieron á los míseros y cansados palmeros, de orar en los sitios venerables de Jerusalén, y de besar la tierra, las piedras y las montañas. Venía á ser como pecho y alcabala que la cruz satisfacía á la media luna. Oneroso tributo, impertinente vigilancia, prohibiciones intolerables pesaban sobre el cristiano desde que ponía el pie en el apetecido territorio. Con todo eso, no se enfrió la devoción: privados de cabalgaduras, iban los palmeros, á pie si mozos y fuertes, de rodillas si penitentes, en hombros ó en parihuelas si enfermos ó ancianos. Lo más insufrible para quien emprendía tan piadosa jornada, no eran ciertamente el cansancio, el peligro ni la exposición: mayor amargura les causaba tener que soportar las burlas mahometanas, y haber de refrenar la cólera y ocultar el desprecio que entonces sentía el cristiano por el infiel. El etíope guardián, apoyado en su cimitarra, sonriendo irónico á manera de esfinge, befaba y escarnecía al inerme y altivo caballero cristiano; y sus chanzonetas y burlas sonaban como carcajada del infierno en los oídos de quien allí acudía tan penetrado de compostura y contrición. Dichoso aún si sólo pagaba escote de risa, y no tenía que comprar á precio de profanaciones y ultrajes indignos el derecho de postrarse ante los vestigios de la Pasión. Pero llegaron días en que ni doblando la cerviz ante las horcas caudinas del vejamen y la afrenta, pudo ad-

quirirse tal derecho. Ya los arenales de Palestina reservaban segura muerte á quien osase pisarlos. El sanguinario demente Al-Hakén, califa de Egipto, que se tenía á sí propio por encarnación de la Divinidad, y que se había gozado en el incendio del Cairo, como Claudio Nerón en el de Roma, dió caza á los palmeros cual á indefensas liebres, y sembró de troncos insepultos y de destrozados miembros el suelo santo; y más tarde, Malek-Schah, continuando la política implacable de Mahoma, empleando el hierro y el fuego, usando de los feroces argumentos catequísticos que con tanto fruto practicara su Profeta, hizo á la Siria y á Palestina teatros de vasta carnicería, y á fin de raer de la haz de la tierra hasta el nombre cristiano, puso el tajo y el alfanje ante la vista de los infieles, y ultrajó á la naturaleza y á la especie humana en las personas de innumerables víctimas de su fanatismo.

Entonces, cuando el trayecto de la costa al sepulcro del Redentor fué marcado por reguerros de sangre y cruentos despojos, el Pontífice de Roma alzó su voz, no movido de desapoderada ambición, como algunos historiadores han supuesto, sino de compasiva piedad, que bien la pedía lo lastimoso del espectáculo. A Silvestre II corresponde la gloria de haber excitado á los cristianos á la Cruzada antes que nadie. Los Papas que le sucedieron no abandonaron la idea, ni cesaron en propagarla. Oscilaba la cristiandad como alud enorme que, antes de desprenderse y rodar al valle, permanece sus

penso en equilibrio, estremeciéndose interiormente. Y he aquí que, cual leve ráfaga destinada á empujar la formidable mole, salió de las últimas capas sociales el más ínfimo de los hombres, un plebeyo, torpe en la acción, sencillo y rudo en el hablar, insignificante en la figura, sin ninguna de las condiciones extraordinarias que distinguen á los grandes novadores, dotado únicamente de ciega confianza en la causa que defendía y de férrea voluntad para no arredrarse ante obstáculo alguno. Y este hombrécillo, mísero gusano de la tierra, se sintió, cual la pastorcita de Domremy, llamado por una voz del cielo; y así como la tímida doncella emancipó á su patria, Pedro el Ermitaño libertó el Santo Sepulcro.

¡Singulares y no entendidas vías las de la Inteligencia que ordena los hechos de la historia! No es preciso que surja un ser revestido de dotes maravillosas, un sabio como Salomón, un genio guerrero como Alejandro; basta que sea suscitado del estiércol y del polvo un desconocido, ignorante y vulgar, para que los fines divinos se cumplan y para que cambie de faz el orbe. Cuando el espíritu humano fermenta, en las últimas filas de la multitud se oculta á veces el hombre que ha de producir la explosión definitiva.

La atmósfera estaba cargada de electricidad, y Pedro el Ermitaño produjo la corriente. Vestido con burdo sayal, caballero en su muleja, fué de alquería en alquería, de lugar en lugar, de pueblo en pueblo, penetrando así en la choza

terriza del villano y en el taller del oficial, como en la cuadra suntuosa del señor ó en el palacio del rey, excitando los ánimos, moviendo las voluntades, encendiendo las imaginaciones, sin que su extraño aspecto, su ruín cabalgadura, su curtida piel, sus enjutas facciones, su arreo de pordiosero, le hiciesen blanco de la burla, antes objeto de devoción, ternura y lágrimas. Y el pueblo le llevaba en hombros, y las mujeres le presentaban sus hijos para que los bendijera, y besaban hasta las crines de su cabalgadura... Era Pedro, el heraldo de la guerra santa.

Aquel hombre, tan propio para dar la señal del gran movimiento, para prender fuego al montón de preparada leña, fué inútil, si no estorboso, para la prosecución de la gran empresa de las Cruzadas. Es cierto que interesa y conmueve la seguridad y denuedo con que emprendió el camino, á la cabeza de innumera muchedumbre, reclutada aquí y acullá, sin orden ni concierto, por toda Europa; la obstinación y priesa con que sin aguardar al resultado de la Asamblea de Clermont, fiando tan sólo en sí y en la voz de su alma, se arroja hacia la Palestina, llevando para la difícil conquista de tan vasto territorio golpe de bisoña gente, falta de provisiones, armas y pertrechos, y embarazada con una caterva de monjes, mujeres que conducían tiernas criaturas de pecho, pajecillos, mendigos, trovadores y juglares: informe conjunto, unificado sólo por el pensamiento religioso; inexperta grey, de antemano

condenada al hambre, el vencimiento y la muerte. Hay en tal arranque un fondo de sublime insensatez que debe inspirar al poeta. Pero, mirado á sangre fría, nada más triste que el estéril holocausto de millares de existencias, segadas, no al filo de las armas sarracenas, sino al de los sufrimientos y privaciones, cuando no al de los aceros de pueblos también cristianos. Dondequiera que pasaban las legiones de Pedro, arrasaban y destruían el suelo: en parte alguna se hallaban viandas para tanta boca, vino para reanimar tanto cuerpo, ropa para cubrir tantas carnes, leña para calentar tantos ateridos miembros, hierba y forraje para mantener las acémilas y bestias de carga de tan numerosa tropa. ¿Qué mucho que la depredación la acompañase? Depredación, no calculada, no voluntaria, instintiva, como lo es el respirar. No podemos ceñirnos á un criterio analítico al tratar de esta parte de las Cruzadas. Una afirmación religiosa de tal índole es siempre sintética. Los pormenores, las notas sueltas, corresponden á las exigencias de la condición humana, limitada, flaca, carnal. Pero el acorde, la sinfonía, es inefable. Así, entre los impuros residuos que forman el terreno de las estufas, brotan al calor del sol flores de celeste fragancia.

La Cruzada de Pedro, considerada en su significación moral, es emblema del espíritu de la Edad Media: es intento desesperado, al parecer, que responde á profunda esperanza. Los frutos materiales y tangibles de aquella Cru-

zada fueron, como sabemos, negativos. Los restos, más que diezmados, de la gente, exánimes, corridos como animales monteses por los crueles búlgaros, ó acosados en las inclementes y áridas llanuras de Hungría, fueron á desembocar á Constantinopla, como últimas gotas de exhausto río, como moribunda llamada de un incendio. Pedro, abrumado de dolor y nostalgia, se eclipsó entre el brillo de la refinada corte griega; por mucho tiempo no tornó á animar á los cruzados su ardiente aunque tosca palabra. Empleando Tasso piadosa ficción, le coloca en el campo de Godofredo, alentando al ejército cristiano en el asalto de Jerusalén. En realidad, el inspirado de Dios tornó á la obscuridad y silencio de sus primeros años, sobreviviendo al rápido renombre que le valiera su empresa. Una sola vez volvió á arengar en ocasión solemne: después murió en el olvido.

Entonces, cuando se hubo regularizado el primer impetu, cuando el entusiasmo de las masas se calmó sin disiparse, cuando el pueblo comprendió su incapacidad radical para la guerra de conquista, tocó el turno á la caballería y á *l'armi pietose*. Una fuerza aguerrida y organizada, flor de la nobleza y de la marcial juventud, el nervio más vigoroso, la mejor sangre de Europa, caminó hacia Jerusalén. Sólo Godofredo de Bouillón, su ilustre jefe, capitaneaba nada menos que ochenta mil infantes y diez mil jinetes cubiertos de hierro. Acompañábanle y le obedecían Roberto de Normandía, hijo de

Guillermo el Conquistador y nieto del famoso Roberto *el Diablo*; Boemundo, hijo de Roberto Guiscardo, jefe de la formidable y batalladora raza normanda; Raimundo, poderoso conde de Tolosa; Hugo, hermano del monarca francés; el conde de Blois, el de Hainaut, el de Chartres, el de Flandes, Ricardo de Salerno, Tancredo... homérica asamblea de héroes, cuya Troya era Sión, cuya Helena era una cruz. No llegaban aquellos caudillos á la santidad: su jefe, su propio jefe, tenía que expiar el cruento homicidio del emperador Rodolfo, á quien diera muerte de un disparo de ballesta. Pero eran campeones bizarros y creyentes, que consideraban su enseña bendecida y santificado su pecho por la insignia roja que los consagraba á la gran causa de la cristiandad. Entre todos hacían un ejército de hasta medio millón de combatientes, y esta vez no iban desprevenidos, sin bastecimientos ni municiones de guerra. Las opulentas ciudades de Génova y Pisa, la gran república mercantil de Venecia, quedaban encargadas de surtir de cuanto hubiesen menester á los guerreros. Cubrióse el mar de infinitas naves, y un comercio activísimo enlazó á Europa con el Asia.

Sin duda que Tasso, en vez de crear para su poema un mundo imaginario y fantástico y unos héroes convencionales, cortados por el patrón de la epopeya clásica, debió inspirarse en una realidad de superior belleza. La Cruzada de Godofredo ofrecía ricos elementos dramáticos y épicos. La variedad de naciones congregadas

para tan alta empresa; los caracteres diversos de aquellos legendarios capitanes; los gérmenes de discordia latentes en el campamento; el contraste entre la ruda entereza de los occidentales y la molicie de la oriental y enervada corte de Alejo Comneno; la figura curiosa y digna de estudio de este emperador, sagaz político, disimulado y pérfido; el interesante tipo de su culta y docta hermana Ana, cuya griega delicadeza se espantaba de ver á los colosos septentrionales cubiertos de malla, siempre prontos á flechar el arco, á requerir el hacha de armas, insensibles á las galas retóricas, á los primores de la elegancia y de la elocuencia, á los refinamientos cortesanos; la ambiciosa hazaña de Baldovinos de Bouillón, impaciente por ceñirse mundana corona; la noble humildad de Godofredo, que desdeña la diadema pensando en las espinas que rodearon la sien del Salvador del mundo; los lances del sitio de Antioquía, que pudo ser tumba, y fué prez de la Cruzada; la heroica defensa de la misma plaza, en que la lanza que hirió el sacro costado de Cristo, milagrosamente vino á servir de estandarte á los desesperados y moribundos cristianos, y á darles completa y maravillosa victoria; la marcha á través de los risueños encantados jardines, plácidas huertas y vegas amenísimas de Tiro y Sidón; la efusión de Tancredo al hollar el suelo bendito de Belén; el júbilo, las lágrimas de los campeones al divisar las cúpulas de los monumentos de Jerusalén desde el alto de Emaus; el abrazo de reconciliación y cari-

dad que allí unió á dos jurados y mortales enemigos, Tancredo y Boemundo; el canto elegiaco del poeta musulmán que llora su ciudad perdida; el himno de triunfo de la cristiandad al cobrar la patria de su corazón; el establecimiento de imperios cristianos en aquellas comarcas asiáticas, que el alfanje de Solimán consagrara á la media luna; y, en suma, los incidentes todos, tan copiosos y varios, de la liberación del Sepulcro, se prestaban para un poema cíclico, inmenso, grandioso, en que la misma verdad afrentase á la poesía por su soberana belleza. Y es que las mejores epopeyas están en el libro de la historia: si el genio puede hallar la forma más propia para cantarlas, no le es concedido inventarlas: y ya escudriñe los arcanos del corazón y las profundidades de la conciencia, como Dante, ya narre las proezas de los paladines, como Tasso, la epopeya debe responder siempre á un aspecto moral, intelectual ó histórico de la humana vida.

